

La Enseñanza.



REDACCION.

REVISTA AMERICANA DE INSTRUCCION Y RECREO.

Señorita Angela Lozano.
Manuel Orozco y Berra.
Hilarion Frias y Soto.
Manuel Peredo.

EDITOR PROPIETARIO, N. CH.

EL ALBUM DE LOS NIÑOS.

AÑO IV. }

MÉXICO, AGOSTO 15 DE 1874.

{ NUM. 66.

LOS JUEGOS.

CUENTOS.

Bien sabida es de todos la grande afición que tienen los niños á escuchar cuentos é historietas acomodadas á su edad é inteligencia, así como la impresión que ejercen en su espíritu. Circunstancia es esta de que siempre han sacado partido los autores, para inculcar por medio de cuentos á la tierna niñez, los principios de moral y las primeras reglas de una sabia conducta, que le sirvan de guía en los diferentes peligros á que la edad y la inexperiencia exponen de continuo. Siendo tan marcada esta afición de los niños á contar cuentos, fuera maravilla que no dedicasen á tan grata ocupacion algunas horas de tertulia, que en una de las prolongadas noches de invierno formaron Juanito, Rita, Rafael, Victoria, Pablo y José. Colocados alternativamente segun su sexo y por el orden de su edad, convinieron en que cada uno de ellos por su turno habia de contar un cuento.

Tocábale empezar á Juanito, quien por su corta edad esperaban que se disculpara de su empeño; mas él salió airoso, diciendo con seriedad:

—Pues señor, este era un rey, tenia tres hijas, las metió en tres botijas.....

Interrumpióle la risa general de todos los niños.

—¡Eso no vale! decian, y por último, convinieron diciéndoles Juanito que no sabia mas, en que pasase el turno á Rita que empezó así:

—Habian vdes. de saber que este era un niño y le gustaban mucho los pajaritos. Pasó un dia con su mamá por donde estaban vendiendo unos jilgueros muy bonitos, y dijo el niño:—Mamá mia, ¿me compra vd. un pajarito de esos?

—Niño, de buena gana te le compraria, dijo la mamá, pero lo que tú vas á hacer con él será martirizarle y dejarle morir de hambre.

—¡Oh! no lo crea vd., decia el niño, y entónces su mamá le compró el jilguero.—¿Pues qué dirán vdes. que hizo el niño? Ni mas ni ménos de lo que su mamá habia pronosticado: ató una cuerdecita á las patas del pájaro, y quieras que no quieras le hacia andar y dar saltos, le echaba á volar y de un tirón de la cuerda le hacia caer al suelo, ó no le daba de comer ó le cebaba á la fuerza. El jilguero piaba mucho, como implorando compasion; pero el chico aquel siguió maltratándole, hasta que el animalito murió, rendido de pena y de cansancio. Entónces se quedó el niño muy desconsolado; pero no

fué esto lo peor, sino que llamándole su madre le dijo:—¿Qué has hecho del pajarito? y él tuvo que decir todo lo que habia pasado. Sacó entónces la madre una primorosa jaula de maderas finas y le dijo:—Mira, ¿ves esta jaula? pues era para tu pájaro si hubieras sabido cuidarle; mas puesto que no sabes hacerlo, no me vuelvas en tu vida á pedir que te compre otro; y en cuanto á la jaula, voy á regalársela á otro niño que sea mas compasivo con los animalitos. Y colorin colorado, mi cuento ya está acabado.

Tomó entónces la palabra Rafael y dijo:—En contraposicion á lo que ha dicho Rita, voy á decir yo una cosa, y cuidado que esto no es cuento, sino mucha verdad, pues así me lo ha contado á mí nuestra mamá.

Dice que habia en su pueblo una niña muy amable, llamada Cecilia, hija de una pobre labradora, por lo que ambas ganaban su vida con mucho trabajo. Aun en los dias peores de invierno tenia que salir la muchacha al bosque por alguna leña para que su madre se calentase, y un dia que se volvia á casa con su hacecillo, al cruzar un camino real, vió acurrucado junto á un árbol á un perrito, lleno de agua y de lodo, estenuado y temblando de frio. Cecilia soltó su leña y bajándose hácia el perrito!

le empezó á llamar y acariciar, poniéndole de pié derecho, y como el animal diese muestras de agradecer su interes, ella, no consultando mas que su buen corazon, cogió al perro, le envolvió en su delantal, y cargando con su leña, entró en su casa muy satisfecha.—¿Para qué traes ese perro tan feo y lleno de basura? le decia su madre; pero Cecilia sentia en su interior un contento que no la dejaba reparar en el enfado de su mamá. Le hizo al perro unas sopitas, le lavó y jabonó de piés á cabeza, y entónces ya parecia mucho mas bonito. Cobró bien pronto sus fuerzas y salia al campo corriendo y ladrando delante de Cecilia, que cada vez le queria mas. Pero ahora viene lo mejor, y verán vdes. cómo esta buena accion no quedó sin recompensa. Un dia que Cecilia se perdió en el bosque, la mamá, viendo que tardaba tanto, llamó al perro y enseñándole un vestido de su hija, le empezó á decir:—¿Y Cecilia?—¿Dónde está Cecilia?—A lo que el inteligente animal contestó con fuertes ladridos y con salir corriendo á todo escape. Era el caso que Cecilia, huyendo cuanto pudo de unos muchachos que le querian quitar las moras que llevaba en una cesta, se habia alejado mucho del pueblo, metiéndose por unos parajes donde nunca habia estado, y concluyendo por no saber salir de ellos. Dejose caer al suelo rendida de cansancio, y acordándose de su mamá, se puso de rodillas para pedir á Dios la sacase de aquel apuro, cuando oyó por su espalda los ladridos de su perro favorito, y volviendo la cabeza, le vió llegar todo sofocado, jadeando y con la lengua de fuera. Abrazóse Cecilia con su fiel animal que se lo queria comer á fuerza de caricias, y guiada por él, volvió sana y salva á consolar á su afligida madre que la estaba esperando fuera del pueblo.

Este cuentecillo fué muy del agrado de la asamblea pueril, particularmente de las niñas, haciéndoles mayor impresion despues del primero que habian oido, y estimulándoles á todos á ser buenos y compasivos por pura generosidad, que obtienen al fin su recompensa. Tocábale el turno á Victoria, y todos esperaban de ella otro rato no ménos divertido.

—Habian vdes. de saber que este era un rey que acostumbraba salir de noche por las calles, para ver lo que sucedia en la ciudad. Se encontró una vez á un hombre tendido en el suelo y profundamente dormido. Mandó que le levantasen y le llevasen á su palacio donde le quitaron los andrajós, y poniéndole una túnica finísima le acostaron en una cama del príncipe. Cuando el hombre, que estaba borracho, despertó, se quedó atónito al verse en una alcoba magnífica, rodeado de una brillante servidumbre. Le preguntaron qué traje queria su majestad ponerse aquel dia, y esta pregunta acabó de confundirle. Protestando en vano que él no era mas que un jornalero, tomó el partido de dejarse tributar los honores con que le abrumaban. Se dejó vestir, se presentó en público, asistió con gravedad á todas las ceremonias de la corte, y pasó despues á una mesa suntuosa. Despues le proporcionaron juego, paseo, diversiones, y por la noche baile. Como que mi hombre nunca se habia hallado en semejante fiesta, bebió y se alegró de tal manera en la cena que concluyó por emborracharse, quedándose dormido profundamente. Entónces mandó el rey que le volvieran á poner sus andrajós y le dejasen en el mismo sitio donde le habian encontrado. Allí pasó toda la noche, hasta que despertó de frio, y volviéndose á su casa, dijo á su mujer, que si queria escuchar el sueño mas particular que habia tenido en su vida, y le contó todo lo que yo he contado á vdes.

—En este cuento, dijo José, se halla, reflexionando bien, una imágen de la vida. Pero ya es la hora de separarnos; otra noche continuaremos esta série de cuentos que dejamos interrumpida, pues todavia falta el mio, que os prometo será muy largo y muy bonito.

MÁXIMAS Y PENSAMIENTOS.

¿Ves un cohete que sube lleno de resplandor á una gran altura, y de repente baja y desaparece sin ser visto, ni dejar rastro?—Tal es la falsa gloria.

MANUAL DE URBANIDAD Y BUENAS MANERAS.

CAPITULO V.

DEL MODO DE CONDUCIRNOS EN SOCIEDAD.

ARTICULO I.

DE LA CONVERSACION.

SECCION TERCERA.

De las condiciones físicas de la conversacion.

[Concluye.]

X

La palabra debe ir acompañada de una gesticulacion inteligente y propia, y de ciertos movimientos del cuerpo que son tan naturales y expresivos, cuanto que en ellos se reflejan siempre unas mismas ideas, sea cual fuere el idioma que se hable. Pero esta gesticulacion y estos movimientos no tienen siempre igual grado de expresion y vehemencia, pues dependen de la gravedad ó sencillez del asunto de que se trata, y de la mayor ó menor circunspeccion que imponen el carácter y las demas circunstancias de las personas que oyen.

XI

La fisonomía del que habla debe presentar las mismas impresiones que sus ideas han de producir en los demas; así es que en ella han de encontrarse los rasgos del dolor ó de la compasion, si trata de acontecimientos tristes y desastrosos, ó de las desgracias y miserias de sus semejantes; y los de la alegría, si el asunto que le ocupa es agradable ó chistoso. La persona que tomara un semblante festivo al discurrir sobre una materia de suyo imponente y grave, ó un semblante sério y adusto al referir una anécdota divertida, ó que conservara una fisonomía inalterable en toda especie de razonamientos, no moveria jamás el interes de sus oyentes, y daría á su conversacion un carácter ridículo y fastidioso.

XII

El juego de la boca, que tanto contribuye á la expresion de la fisonomía, debe ser enteramente propio y natural. Las personas que apenas separan los labios para despedir la voz, las que los separan demasiado, y las que dan á la boca movimientos estudiados y extravagantes, no solo se ridiculizan, sino que renuncian todo el atractivo que este importante órgano está llamado á comunicar á la conversacion.

XIII

Los movimientos del cuerpo deben identificarse de tal modo con la naturaleza de las ideas, y con la energía de la expresion, que formen un todo con las palabras, y no se hagan jamás notables por sí solos. Una persona que al hablar mantuviese el cuerpo enteramente inmóvil, comunicaria cierta insipidez aun á la conversacion mas interesante; pero aquella que lo moviese demasiado, haciéndolo girar fuera de la órbita de los pensamientos, oscureceria sus propios raciocinios y fatigaria la atencion de sus oyentes.

XIV

Por lo que hace á las manos, ellas desempeñan, especialmente la derecha, un papel importantísimo en la conversacion. Sus movimientos deben tambien formar un todo con las palabras: pero como son movimientos mas notables que los del resto del cuerpo, necesitan ser cuidadosamente estudiados, á fin de que den fuerza y energía á la expresion, lejos de contrariar ó debilitar su efecto.

XV

Ambas manos deben tomar parte en la accion; pero si la izquierda puede muchas veces mantenerse inmóvil, especialmente en una conversacion llana y sencilla, no sucede así con la derecha, la cual

debe acompañar la enunciacion de casi todas las ideas. Y téngase presente, que de todos los movimientos, los de las manos son los que ménos pueden exagerarse sin dar una muestra de poca cultura, y sin comunicar á toda la persona un aire tosco y enfadoso.

XVI

Son actos vulgares é inciviles, el remedar en la conversacion á otras personas, imitar la voz de los animales ó cualesquiera otros ruidos, hablar bostezando, ponerse de pié en medio del discurso, hablar en voz baja con otra persona en una conversacion general, y sobre todo, tocar los vestidos ó el cuerpo de aquellos á quienes se dirige la palabra. La mujer que tocara á un hombre, no solo cometeria una falta de civildad, sino que apareceria inmodesta y desenvuelta; pero aun seria mucho mas grave y mas grosera la falta en que incurriera el hombre que se permitiese tocar á una mujer.

XVII

Dirijamos siempre la vista á la persona con quien hablemos. Los que tienen la costumbre de no ver la cara á sus oyentes son por lo general personas de mala índole ó de poco roce con la gente; y es además de notarse que así pierden la ventaja de conocer en los semblantes las impresiones que producen sus razonamientos.

XVIII

Cuando tomemos la palabra en una conversacion general, dirijámonos alternativamente á todos los circunstantes, con un juicioso discernimiento de los pasajes del discurso que á cada cual puedan ser mas interesantes. Pero en estos casos habrá siempre una persona en quien deberemos fijarnos mas frecuente y detenidamente, y esta será, con la preferencia que marca el órden en que van á expresarse, una de las siguientes: 1º, la persona con quien sostengamos un diálogo; 2º, la que de cualquier modo nos excite á hablar, ménos cuando sea pidiéndonos la relacion de un hecho que ya conoce, para que la oiga otra persona, pues entónces será ésta la preferente; 3º, la señora de la casa; 4º, el señor de la casa; 5º, la persona del círculo con quien tengamos mayor amistad.

XIX

Usemos siempre de palabras y frases de cumplido, de excusa ó de agradecimiento, cuando preguntemos ó pidamos algo, cuando nos importe y nos sea lícito contradecir á una persona, y cuando se nos diga alguna cosa que nos sea agradable; como por ejemplo, *servase vd. decirme, tenga vd. la bondad de proporcionarme, permítame vd. que le observe, dispenseme vd., perdóneme vd., doy á vd. las gracias, etc.* Pero no sembramos demasiado la conversacion de estas expresiones, sobre todo cuando no hablemos con señoras, lo cual la haria empalagosa y fatigante, y manifestaria estudio y afectacion, donde el principal mérito consiste en la sinceridad.

XX

Es una costumbre incivil y ridícula, y que hace la conversacion sumamente pesada y desagradable, la de interrumpirse á cada instante para dirigir á la persona con quien se habla las preguntas *¿está usted? ¿comprende usted? ¿me entiende usted?* y otras semejantes.

XXI

Cuando hablemos con señoras, con personas de poca confianza, ó con cualquiera que por su edad y circunstancias sea superior á nosotros, no contestemos nunca *sí ó no*, sin añadir las palabras *señor ó señora*.

XXII

Debemos anteponer las palabras *señor ó señora*, á los nombres de las personas que mencionemos en la conversacion. Los que adquieren la costumbre de omitirlas, no saben, sin duda, cuán grave es la falta en que incurren, ni cuánto se desluce ante las personas sensatas y bien educadas que los oyen. Sin embargo, la igualdad en la edad, unida á una

íntima confianza, podrá á veces autorizarnos par omitir aquellas palabras; pero en esto debe guiarnos siempre la discrecion, pues hay ocasiones, como cuando hablamos en un círculo de etiqueta, en que semejante omision es absolutamente injustificable.

XXIII

Delante de personas que no sean de nuestra familia, ó de nuestra íntima confianza, no hagamos jamás mencion de nuestros padres, abuelos, tios ó hermanos, sino por palabras *mi padre, mi madre, mi abuelo, mi abuela, mi tio N. de N., mi hermano N.* Y cuando hayamos de referirnos á uno de nuestros parientes mas cercanos que esté investido de algun título, abstengámonos de expresar éste al nombrarle.

XXIV

Es vulgar é irrespetuoso, siempre que no se habla con personas de íntima confianza, el uso de la palabra *hombre* en la conversacion, ya como vocativo, ya como interjeccion, ya como parte expletiva del discurso.

XXV

Tampoco están admitidos en la buena sociedad los refranes y dichos vulgares, las palabras y frases anfílicas, y toda expresion cuyo sentido sea oscuro y pueda conducir á los oyentes á diversas aplicaciones y conjeturas. El hombre culto apénas se permite uno que otro donaire, uno que otro equívoco presentado con gracia, oportunidad y discrecion, y cuya ambigüedad no haga fluctuar un solo instante el juicio de sus oyentes; aunque jamás cuando se encuentra en círculos de etiqueta, ó donde hay alguna persona con quien no tenga ninguna confianza.

XXVI

No empleemos nunca en la conversacion palabras inusitadas, ni las que sean técnicas de alguna ciencia ó arte cuando podamos valernos de vocablos ó frases, ó bien de locuciones perifrásticas, que, sin apartarnos del lenguaje comun, nos permitan expresar claramente nuestras ideas.

XXVII

Tambien debemos abstenernos de introducir en la conversacion palabras ó frases de un idioma extranjero, cuando no estemos seguros de que lo poseen todas las personas que nos oyen; y aun teniendo esta seguridad, pensemos que el exceso ó la inoprotunidad en este punto, puede comunicar á nuestra conversacion cierto sabor pedantesco.

XXVIII

El uso de los adagios y sentencias requiere especial tino y cordura; así para no prodigarlos, haciendo este modo pesado y fastidioso el razonamiento, como para elegir aquellos que sean ménos comunes y al mismo tiempo mas graves y sentenciosos, y sobre todo mas análogos á la idea que viene á reforzar, adornar ó esclarecer.

El carnaval animalesco.

(FABULA.)

Cuando en Carnestolendas
Se disfrazan los hombres,
Diz que hacen otro tanto
Los brutos en los bosques.

Entre ellos es la fiesta
En que reina mas orden,
Sin que nadie se engresque,
Sin que nadie se enoje.

Una vez solamente
Su diversion turbóse,
Y esto fué por un tigre,
Mas que travieso, torpe.

Fué el caso que anhelando
Regocijar su corte,

Quiso el leon lucirse,
No ya cual ántes, doble.

Señaló, pues, un premio,
Por cierto nada pobre,
Al que mejor velase
Su facha y condiciones.

Para servir de ejemplo,
Quiso, aunque grande y noble,
Disfrazarse él de burro,
Y entró tirando coces.

Con esto sus vasallos,
Como era muy conforme,
Esmeráronse todos
En complacerle dóciles.

De liebre en consecuencia
El gato disfrazóse,
Cosa que nada nuevo
Les dice á mis lectores.

En cambio, una gran rata
Se disfrazó de gosque,
Y bailó con el gato
Un wals y tres galopes.

El burro por su parte
Se hizo leon de un golpe,
Y una apacible cierva
En hiena trasformóse.

Con trajes tan cambiados,
Nadie sabia entónces
Quién era el corderillo,
La zebra y el magote.

¿Qué mucho, si lo mismo
Sucede entre los hombres,
A poco que disfracen
Lo que en su pecho esconden?

Alegres todos ellos
Con tal metamorfosis,
Bailaron tres mazurcas
Y cinco rigodones.

Mas ¡ay! que de repente
La danza trastornóse,
Trocándose la fiesta
En susto y en desórden.

El leon dá un rebuzno
(Digo, el leon por mote),
Y luego ruge el burro,
Y ladran seis lechones.

¿Qué es ello? Que de pronto
Se presenta en la corte
El tigre, disfrazado
¿De qué direis? de hombre.

—«¡Fuera ese monstruo! gritan
Unánimes, acordes,
Lo mismo brutos mansos
Que animales feroces:

¡Fuera el que pretendiendo
Monarca ser del orbe,
Es el peor tirano
Que tierra y mar conocen!»—

Dicen, y en pos del tigre
Todos á un tiempo corren,
Y uñas, dientes y cuernos
En su contra disponen.

—«Eh! señores..... ¿qué diantre!
Exclama el tigre entónces,
Quitándose el peinado
Hecho á lo Luis Catorce:

«¿No ven que me he vestido
De puro monigote,
Y que esta es chanza propia
De tales ocasiones?»

—«Ah, ya! el leon contesta:
¿Conque eres tú el que toses?
Pues nos has dado un susto,
Que Dios te lo perdone.»

—«Fué por ganar el premio.»
El tigre le responde,
—«¿Qué premio?»—«El prometido,
Y lo merezco doble.»

—«¿Por qué razon, compadre?
¿No dije á todos: *dóile*
Al que mejor disfrace
Su aspecto y condiciones?»

—«Si á fé.»—«Pues bien: ¿qué has hecho
Para ganarlo? ¿En dónde
Se encuentra la distancia
Que va del tigre al hombre?»

—«El es peor.»—«Sin duda;
¿Pero no sois conformes
En falacia, en perfidia
Y en sanginarias dotes?»

—«Es verdad.»—«Pues qué premio
Quieres que yo te otorgue
Por un disfraz que vela
Tan mal tu traza y porte?»

El premio es de la rata
Disfrazada de gosque,
Y tuya la vergüenza
De haber turbado el órden.

Huye de aquí, y dá gracias
A los excelsos dioses
Y á mi bondad sin límites,
Si no te pego un trómpis.»

Mal parados nos deja
La fábula, lectores;
Mas yo, en defensa propia,
Digo: EL LEON PERDONE.

El hombre de quien habla
Es el que ciego y torpe
Furioso sigue el ímpetu
De todas sus pasiones;

Mas si él les pone freno
Y es la virtud su norte,
¿Qué sér en este mundo
Como él es grande y noble?

Un aniversario en Londres.

[Concluye.]

—¿Qué quiere, hermano? me preguntó en voz baja.

No habia mucha luz en nuestra pobre habitacion. El caballero puso su mano sobre los ojos como para recoger la vista, y habiéndome reconocido, me saludó con una palmadita en la mejilla, como aquella noche en que con tanta prisa me despidió; despues, dirigiéndose á mi madre, la dijo: «Aquí teneis, señora, un honrado camarada que vale mas que yo; la noche del mismo dia en que perdí mi cartera, corrió á entregármela, y con ella una fortuna; en tanto que yo he dejado pasar toda una semana sin devolverle una bolsa que en su aturdimiento dejó en mi casa.»

Sacando entónces de su bolsillo mi pequeño saco de cuero, continuó: «¿Conoces esto? ¿Es tuyo este precioso objeto, tontuelo? ¡Ah, ah! no extrañio que falte el juicio á tu edad. ¡Cuatro chelines! Estarás nadando en oro, hijo mio, cuando siembras tus tesoros en la casa de las gentes extrañas.»

Nosotros guardábamos silencio admirados y casi ofendidos de oír hablar en aquel jocoso tono, dentro de una habitacion en que se encerraban tantos dolores.

El caballero de la cartera, que hasta entónces no habia hecho alto en nuestro silencio, buscó con la mirada en torno suyo, para descubrir su causa.

—¿Qué sucede aquí? nos dijo bajando la voz. ¿Es que hablo muy alto? ¿Duerme alguien á quien se teme que despierte?

Yo le detuve con un ademan desesperado.

Jaime Harrison lo comprendió todo. En el momento cambió de aspecto.

¡Ah, señora! dijo á mi madre; os pido perdon. Es-

peraba traer á vuestro esposo la dicha y acaso la salud, y llego muy tarde. ¡Ah! ¡soy muy culpable! Siempre camina mas de prisa el mal que el bien. Retardar lo bueno que se piensa hacer, es una mala accion. Vuestro esposo.....

—Ya no tengo esposo; estos niños no tienen padre.

—¡Pobre mujer! ¡pobres niños! exclamó Mr. Harrison conmovido.

Os he hablado detenidamente de mi padre porque no le conocisteis; pero ¿qué os diré de Jaime Harrison, que no sepais, que no os pueda recordar una sola frase? El, era el buen rico, como mi padre fué el buen pobre.

Con la vivacidad que le caracterizaba, hizo cuanto creyó conducente á amortiguar nuestro duelo.

—¡Ah! solia decir mi madre. Me avergüenzo de ser casi feliz; si Daniel estuviera aquí.....

—Está, está, decia Harrison. Los muertos permanecen, aunque invisibles, con aquellos que les aman. Tratad de ser feliz, que él tomará parte en vuestra dicha.

—Mr. Harrison tiene razon, me decia mi madre derramando dulces lágrimas. Tu padre está aquí, me parece que no nos ha dejado.

—¡Oh! muy bien, ahora estais razonable.

—Sois un justo.

—Los justos no son tan raros como se piensa. Vuestro marido era uno de ellos y tenia en ello cien veces mas mérito que yo. Y vos tambien lo sois, señora Sullivan, vos tambien y vuestros hijos lo eran á proporcion cuando barrián carteras en Rejent-Street. Siempre me ha parecido raro cierto pasaje de la Sagrada Escritura. Dios dejó quemar Sodoma exceptuando diez justos; acá, entre nosotros, creo que no buscó bien aquel día.

—¡Hum! decia mi madre. Hé aquí que los justos dejarán de serlo. Los designios de Dios son impenetrables; ¿querríais que estos niños dudasen ni un momento de ellos?

—No, no, ciertamente; no quise mas que calmar vuestro llanto con esa chanza y nada mas, señora Sullivan, nada mas.

Jaime Harrison no tenia familia y nosotros venimos á formarla, siendo él para nosotros, un segundo padre. Mi madre se puso bien pronto al corriente en el gobierno de la casa, tanto que Mr. Harrison decia que iba á proponerla á la cámara de los comunes para gobernadora de las Indias. «A buen seguro, decia, que pondrá todo aquello en órden y no habrá quien se queje.»

Hechos mis estudios, llegué á ser su empleado, y algunos años mas tarde, su socio. Estableció á Joel, y casó á las hermanas con los buenos esposos que vosotros conocéis y que ahora me escuchan. En una palabra, no dió mas pesar á la familia á quien arrancó al dolor y á la miseria, sino el de dejarla á su turno para ir á recibir la recompensa concedida á los buenos.

Y aun, continuó Gregorio Sullivan, tan hermosa fué su muerte, partió tan tranquilo, que supo en aquella hora tremenda dulcificarnos hasta los dolores de tan cruel separacion. Nos hizo ver que hasta la muerte puede ser digna de envidia. «Dentro de un instante, decia á mi madre, despues de dar cuentas al Soberano Juez, tendré que darlas á vuestro esposo de la familia que me legó. Esa cuenta le será agradable, amigos míos, porque os debo los momentos mas dulces de mi vida. ¡Ah! se hablará de vosotros mas de una vez allá arriba, no lo olvidéis.....» Fueron sus últimas palabras.

Gregorio Sullivan terminó su relato, y la concurrencia, recogida y silenciosa, parece que aun le escuchaba.

Despues de esos momentos de legítima emocion, una respetable señora, todavía de aspecto agradable, sencilla, pero elegante, se puso en pié frente á Gregorio Sullivan.

—Hijo mio, has hablado dignamente de nuestros muertos amigos, y te lo agradezco. Estos niños que ahora forman nuestro gozo y nuestro orgullo, recordarán tus palabras. Es bueno que sus oídos juveniles se acostumbren desde temprano á oír cosas serias; es bueno que sepan por una boca verídica y

franca como la tuya, que no se debe huir la memoria de aquellos que nos amaron, que es preciso guardar con cuidado y amor dentro de nuestro corazon, el culto de los abuelos, y que despues del relato de una buena vida, el de una buena muerte es el mas adecuado. Gracias á tí, sabrán por el ejemplo de Daniel Sullivan, mi esposo, y por el de Jaime Harrison, nuestro bienhechor, que una buena conciencia es una buena almohada, aunque se trate de dormir en ella el último sueño; aprenderán que, solo los malos, deben temer la hora del eterno reposo.

Tomando entónces su vaso medio lleno, continuó con voz cuya suprema emocion trataba en vano de disimular:

—¡A la memoria de Sullivan! ¡á la de Harrison!

—¡Hurrah! ¡hurrah por los dos! repitieron todos.

El llanto es dulce cuando su fuente es noble. La comida concluyó tan alegremente como habia empezado. Todos repetían entre sí algun rasgo de la vida de aquellos cuyo recuerdo acababa de evocarse; y cuando llegó la hora de separarse, todas las manos se unieron en un cordial adios.

AFORISMOS ANTIGUOS Y MODERNOS SOBRE LA EDUCACION.

«Los provechos del estudio, dice Humius, dependen de los intervalos que se dedican á la recreacion.»

Solo en un cierto grado de quietud, puede el entendimiento aprovecharse de lo que han recibido la memoria ó la imaginacion.

El incesante estudiar solo produce y tiende hácia la estupidez; y es sin duda una verdad fisiológica lo que Lorinser dice de Horst, que «para aprender con éxito y placer, se debe leer ú oír muy poco.»

¿Cuánto mas influente suele ser, aun para toda la vida, una palabra dicha en un momento oportuno, que muchos años de enseñanza!

¿Por qué es que los entendimientos maduros aprenden en poco tiempo y con poca enseñanza, tanto como otros que no hacen todo el día sino oír instruccion y estudiar?

Es realmente una barbaridad y craso error creer, como creen algunos directores de colegios, que todo depende de un continuo estímulo, de la vigilancia y habilidad de los maestros; van continuamente de un lugar á otro, los discípulos recitan toda la leccion sin detenerse nunca á tomar algun respiro, estando continuamente en un estado de excitacion molesto y pesado, tanto para ellos como para los maestros.

Todo colegio debe ser amplio, bien ventilado, con buenos patios y jardines; se debe obligar á los alumnos despues de cada leccion, á salir fuera de la clase; *obligarles*, porque nuestros jóvenes, precoces, libres y muy sábios, son en parte muy perezosos y en parte muy altivos, para jugar; despues de un cuarto de hora de correr al aire libre, pueden volver refrescados y fortificados á su trabajo.—ROTTECK y WELKER.

La educacion debe obrar en un principio, mas negativa que positivamente.

Debe especialmente tratar de romper las trabas que se opongan á la propia discrecion; debe procurar libertar la voluntad y guiar este libre albedrío hácia objetos dignos.

No debe el educador formar y enseñar, tanto como desarrollar y despertar las facultades.—E. F. MICHAELIS.

LECTURAS FÁCILES.

RAMON era un niño tan limpio que daba gusto verle. Cuando pasaba por la calle todos los vecinos salían á sus puertas y decían.—¡Mira qué señorito!—¡Qué bonito es!—¡Qué limpio vá!—Así me gustan á mí los niños.—Un día que se paseaba por el Retiro con su papá, que le llevaba de la mano, se encontraron con la reina. Como le vió tan aseado y tan bonito le llamó y le estuvo hablando como si fuese su madre, y al despedirse cuando su papá quería que besase á la reina la mano, la reina le besó en la frente.

JUANITA pone siempre el mayor esmero en el aseo de su persona; siempre se la ve con la cara y las manos bien limpias, nunca hay manchas en sus vestidos ni en sus libros. Cuando vá por la calle elige los sitios mas limpios donde no pueda coger polvo ni lodo; cuando se acuesta por la noche, deja toda su ropa arregladita en una silla. En la mesa come con tanto aseo y con tanta gracia, que sus padres, solo por verla, hacen que se siente muchas veces á su lado.

EDUARDO salia de casa de su abuela llevando en sus manos un lindo pajarito que ésta le habia regalado. El pajarito estaba todo azorado y Eduardo sentia en sus manos los latidos del corazon del pobre animal que todo se lo temia de su nuevo poseedor. Este sin embargo no era de aquellos niños que se complacen en hacer daño á los animales, y abrigaba por el contrario tan buenos y piadosos sentimientos, que sentándose en uno de los bancos de piedra que habia en la calle de árboles que venia atravesando, habló así á su prisionero.

—No tengas miedo, pobre pajarillo, que ningun daño te voy á hacer. ¡Ah! estás tan inquieto porque sabes que tus hijitos te están esperando en el nido, que están piando por tí y que se morirán de hambre si no vas á socorrerlos. Tal vez tu compañera llora tu ausencia, te llama y te busca por todas partes. Vas á recobrar tu libertad, querido pajarillo, y ten cuidado de no dejarte engañar por el pérfido reclamo ó el cebo seductor. Ahora, vuela, vuela, pajarillo feliz.

No esperó el pajarillo que se lo repitiesen dos veces, y así que Eduardo abrió su mano voló al árbol inmediato, y de allí sin tardanza se remontó por los aires. Eduardo siguió regocijado con la vista al pajarillo, muy satisfecho de lo que acababa de hacer, y otros muchos pajarillos, como si quisieran festejar á su libertador, vinieron á posarse en los árboles inmediatos, ejecutando en aéreo concierto sus trinos mas armoniosos.

DICHOS Y HECHOS DE NIÑOS.

—Un doctor muy ocupado en su gabinete, vió entrar una niña que le pedia lumbre. El doctor, viendo que no tenia nada en que llevarla, fué á buscar una vasija para dársela, cuando vió á la niña acercarse á la chimenea, tomar en la mano un poco de ceniza fria, y colocar encima algunos carbones que se llevó, dándole gracias por su complacencia: el doctor sorprendido, tiró el libro al suelo, diciendo:—Con toda mi ciencia no hubiera encontrado jamás un expediente tal.

—Unos muchachos se quejaban á su padre de que no les daba de almorzar, á tiempo que entraba un amigo de la familia, quien reconvinó á aquel porque no accedia á la peticion de los chicos.—No les haga vd. caso, hombre, le respondió el padre de éstos; *si tiene cada uno una asadura en el cuerpo*. Entónces el forastero riñó á los muchachos por su glotonería, sin caer en la cuenta de que la asadura que tenían en el cuerpo era la que tenemos todos.

—Un honrado padre de familia convidó á la mesa á sus mas allegados, cierto día en que su primogénito, niño de seis años, salia del colegio por ser domingo. No revelaba el chico grandes dotes para poseer en ningun tiempo todo lo de Salomon, aun cuando á su padre se le caía la baba, presagiándole que habia de ser otro Séneca. Al terminarse la comida, le pareció oportuno hacer público alarde de las felices disposiciones del muchacho: hizole poner en pié, preguntándole entre serio y jocoso:—*¿Quién hizo el cielo y la tierra?* Por toda contestacion cruzó el chico los brazos é inclinó la cabeza sobre el pecho. «¿Quién hizo el cielo y la tierra?» volvió á preguntar el padre con inquietud y con vehementes síntomas de enfado; su tierno vástago se estremeció de susto: solo sus labios permanecieron inmóviles. «¿Quién hizo el cielo y la tierra?» preguntó por tercera vez en ademan amenazador y furibundo. «Papá, yo no he sido,» contestó trémulo y lloroso.